

Machacar las reglas, cansar la memoria, amoldarse a un libro, como el agua a un vaso; oír sin atender, leer sin entender, aburrirse siempre, temblar ante la palmeta, sufrir las cóleras del vejete irascible que andaba con montera y palo por todos los rincones de la escuela, persiguiendo las mariposas de la niñez, los juegos y las travesuras de la chiquillería..... eso era la escuela.

¡Qué distinto es hoy ese primer taller del pensamiento! Ahora se juega, ahora se canta, ahora se ríe, ahora no sólo el rey se divierte sino también el niño; ahora la escuela es la prolongación de la casa, es la casa misma, que tiene allá lejos un departamento donde no están *mamá* ni *papá*, pero sí un señor complaciente que mira sin acritud y lleva de la mano a los rapaces para que vean un mundo nuevo, muy curioso y muy bonito.

Los niños se asoman a la escuela como si se asomaran a un calidoscopio, para ver las inesperadas geometrías, coloridas y luminosas, que se mueven a cada sacudida del tubo milagroso. Y así, acercándose a la naturaleza cuanto se puede, y alejándose de los libros cuanto es permitido, van sabiendo estos muchachos lo que necesitan para la vida; y así florece su espíritu y se enciende su inteligencia, sin que el molde de hierro de la vieja educación los aplaste y deforme, y haga de su ser moral una monstruosa y medrosa creación.

Son fiestas conmovedoras éstas; son como la apoteosis de la infancia en la plenitud del gozo. Están llenas del amor y de la piedad que baja de los grandes, de los que han sufrido y pensado mucho, y por eso cuidan a estas criaturas de Dios, que llegan pidiendo su pan de felicidad, como las flores,

apenas se abren, piden su rayo de sol. ¡Buena y santa caridad escolar, que alienta y exalta, muchas gracias! ¡Manos limpias y suaves de los nuevos maestros de escuela, que abris los horizontes, sin desgarrar las almas flamantes, muchas gracias! ¡Muchas gracias a vosotros, contemplativos y tristes educadores, que empujáis dulcemente hacia lo futuro nebuloso a estas bandadas de chicuelos, diciéndoles: «Valor, amigos; allí está cuanto vais a necesitar, hombres en germen: amor, fe y esperanza.»

¡FELIZ AÑO NUEVO!

En estos primeros días de enero, el saludo de las gentes civilizadas es de una igualdad desesperante. Por todas partes se oye, está en todos los labios, se repite en todos los tonos, es el estribillo de todas las conversaciones, el ritornello de todas las charlas: *Feliz año nuevo*. Lo dicen, lo gritan, lo murmuran, lo cuchichean los amigos, los conocidos, los íntimos, los enamorados, los indiferentes.

¡Feliz año nuevo! Y la frase musical y ligera, pasa zumbando en nuestros oídos la perenne canción de la esperanza. Es rítmica y seductora como una breve y coqueta melodía. Viene a posarse en nuestro corazón, alada y frágil, como una mariposa de ilusión y ensueño. Viene del horizonte azul de nuestra vida, de allá lejos, de esa remota lontananza en donde escondemos el ideal inmaculado, la noble aspiración, el anhelo puro y bondadoso; de allá viene, abeja dorada, a poner en nuestro espíritu una gota de miel fragante.....

Y pensamos: bien venida seas, abejilla zumbadora; ¿con que es verdad que en mi porvenir hay flores inmortales de felicidad, copas de perfume en las que tú libaste el dulce jugo que me traes? Bien venida, frágil y joyante mariposa: ¿con que es cier-

to que muy pronto llegaré a los jardines paradisíacos donde las almas se abren como rosas bajo la celestial frescura de un rocío de amor y de paz? Bien venida, frase breve y melódica que cantas la canción de la esperanza: ¿con que no me engañaron mis delirios, con que me aguardan en la suave sombra del futuro misterioso, fiestas de dicha y cristallinas músicas de regocijo?..... ¡Feliz año nuevo! ¡bien venido seas! Y la imaginación abre de par en par sus puertas: un panorama de sol, un largo caminito abierto entre milagros de primavera y, al fin, tras una lejana arcada de frondas, clara, luminosa y profunda, la tela diáfana de un cielo que sonríe. He ahí la existencia.

Sí, estamos seguros. A poco andar nos saldrán al encuentro cosas inesperadas, pero presentidas sin embargo: el pálido hermano de la *Noche de diciembre*, que nos acompañe con la fidelidad del sufrimiento compartido: la mujer verleiniana, la triste, la innominada, que, sin conocernos hace mucho tiempo, nos ama y nos comprende; la red de Simbad, la lámpara maravillosa, la fe, el amor, la riqueza, la gloria. ¡Feliz año nuevo!

Nos detenemos para revisar el bagaje de desencanto y la provisión de ilusiones. El viaje hasta aquí ha sido cansado y triste, el sendero árido, la naturaleza implacable, los compañeros crueles y malignos. De cuando en cuando, sentados bajo una ramazón escueta o tendidos a la sombra húmeda de un pomposo follaje, hemos escuchado el trinar del pájaro azul de la balada.

De cuando en cuando, entre la arena que arde y blanquea, vimos brillar, como un reguero de joyas, el maná del ensueño, y nos inclinamos a beber en el

huevo de la mano un diamante de la linfa pura que apaga por momentos la sed de tranquilidad y de olvido. Pero estamos ya fatigados, adoloridos, ansiosos de llegar, ¿a dónde? Al término que se adivina en la refulgencia del crepúsculo. De pronto nos sorprende el saludo de la romería entera: ¡Feliz año nuevo!

Y sacudimos nuestras ropas del polvo del desierto, y afirmamos las plantas sobre la senda ardiente, y abrimos de par en par la puertas de la fantasía.

¡Pobres criaturas que somos, pobres ilusos encadenados para siempre a la miseria, al desencanto y al dolor, pobres prisioneros de la vida, pobres desterrados de la felicidad!

Una ráfaga efímera cruza la noche. Creemos que es el día y tendemos los brazos en demanda de luz. Y no: es un relámpago de nuestra propia desesperación; luce y se apaga. La tiniebla se hace más densa.

Alma mía, no fies del *feliz año nuevo*. Nada tiene de nuevo ni de feliz; es la misma tortura. El goce breve de la esperanza, volvería más honda tu tristeza.

Alma mía, sigue pensando, santa y bellamente, en tu claustro de sombras.

MASCARAS Y DISFRACES

Está comprobado que nuestro organismo se re-nueva constantemente. Atomo por átomo, vamos reconstituyéndonos, en virtud de sabias y misteriosas leyes. Para nosotros pasa inadvertido por completo este lento cambio de vestiduras carnales. Sin embargo, en la niñez y en la juventud, siempre estamos vestidos de nuevo y cambiamos con frecuencia nuestra idumentaria. Ya cuando pasan los años y viene la vejez, nuestro sastre invisible se vuelve perezoso, nos promete mudarnos la ropa, y no lo cumple el informal; y por más que con drogas y panaceas queremos remendarnos, el traje se gasta a toda prisa, y un día, un golpe de tos, un violento latido, una ráfaga de aire, rasgan para siempre la vestimenta, cuyos feos despojos encerrados en el ataúd, se pudren y se transforman en la incesante y maravillosa elaboración que bulle en secreto bajo la tierra compasiva.

No somos los mismos, pues, aunque creamos serlo y nuestra conciencia nos dé cuenta clara de nuestra unidad. Enarbolamos un yo, a modo de flámula, en la lucha de la vida; y en esta insignia ponemos nuestro escudo de armas, nuestro distintivo, nuestro mote: quién el león rampante, quién

el águila bicéfala, quién la alada serpiente, quién la cigüeña pensativa; nuestras pasiones, nuestras aspiraciones, nuestras ilusiones, la heráldica de los vicios y las virtudes, los innumerables y complicados signos de la genealogía humana que encadena y entrelaza, para buscar siempre nuevas formas de existencia, los apetitos de la bestia con los anhelos del ideal, y amasa el fango impuro de los deseos con la blanca nube de los ensueños. Y así, levantando en alto nuestra enseña, cruzamos por el mundo.

Sin embargo, no somos los mismos; vamos siendo otros, conforme vivimos, otros que se parecen entre sí, que llevan una característica, una peculiaridad, una semejanza que los une. Somos como los soldados de plomo de los niños. Nos hacen en el mismo molde, estamos vaciados en el mismo hueco, y por eso no mudamos nuestra estructura; pero de la cuna a la fosa, es decir, de extremo a extremo de estas dos cunas, somos diez, quince, veinte, qué se yo, según lo que tardamos en llegar a la muerte, que es como la concentradora y la aniquiladora rápida de todas las efímeras y locas esperanzas.

Aquí me detengo. Por este vericuetto metafísico, entre breñales oscuros y negras ramazones de pensamientos, voy a enredarme y a no encontrar salida. Retrocedo. Ya, de vuelta en el camino llano, reflexiono. ¿A dónde quería ir? ¡Ah! sí; a la fiesta del Carnaval. Extravié un poco el rumbo. No tanto; porque precisamente por ahí iba a encontrar un nuevo sendero de flores exóticas y de fragancias capitosas, para pasear en él esta vieja idea: "no cesamos de disfrazarnos en la vida," hermana de

este otro horripilante y trivial símil: "la vida es Carnaval."

Un poco de verdad escéptica hay en estas frases de oropel arrugado y descolorido. Hay en toda mentira un alma de verdad, dijo el filósofo. Y tan explotadas están tales palabras, que nadie pára ya mientes en ellas, a no ser que, como yo ahora, se encuentre de improviso obligado a adornar, a carretera tendida, una crónica mundana.

En efecto, nos disfrazamos, nos ponemos el gorro cascabeleado del bufón, o el gorro frigio del *sansculotte*, o el puntiagudo gorro del nigromante; nos cubrimos el rostro con todas las máscaras; nos ocultamos, nos escondemos dentro de todos los disfraces, sólo que no lo hacemos con nuestra voluntad, no es un capricho vano de cada cual; no es por un juego de caretas, ni por un baile de fantasía, por lo que andamos así, con grotescos arreos, o con pomposos atavíos. Es una necesidad de la naturaleza y de la vida, cambiar, transformarse, renovarse; y estas mudanzas, estas mutaciones, son como una obligación ineludible, como una fatal condición de supervivencia, como una incontrarrestable fuerza de progreso.

Nos disfrazamos continuamente, a pesar nuestro. La carne y el espíritu sufren metamorfosis constantes. ¿No habéis notado que, con frecuencia, nos dicen los que nos dejan de ver por algún tiempo: "¿Qué cambiado estás?" Es que no nos conocían el nuevo disfraz. ¿No os han dicho—¡a que sí!—en la intimidad, en la hora de la confianza, en tono de reproche, o de alabanza: "Te desconozco; qué distinto eres hoy?" Pues es que, sin saberlo, tal vez sin quererlo, nos mudó de traje la vida.

Antes éramos frívolos o enamorados, o dichosos; después nos volvimos reflexivos o pesimistas, o infortunados; y más tarde, tornamos al gusto efímero, al amor risueño, al mundo de felicidad inesperada. Durante una gran parte de la existencia, las pasiones, los sentimientos, las esperanzas, las dudas, el dolor, la alegría, la desesperación, la tranquilidad, son como esos personajes de comedia que hacen que se van, y vuelven.

Cuando ya la naturaleza y la vida se cansaron de disfrazarnos, cuando ya la edad no nos quiere mudar el vestido de carne, cuando el alma busca en vano entre la guardarropía de la memoria las primeras azucenas del candor infantil, o las últimas rosas de la juventud, y hurgando y removiendo, sólo tropieza con secos jaramagos o pálidos asfodelos, cuando nuestro postrer disfraz de guiñapos y colorines está remendado como una capa de mendigo, nos quedamos con la careta del desencanto y de la tristeza, arlequines, pulchinelas, pierrotos de la farsa humana; arrojamos nuestro bastón festoneado de listones polvosos o nuestro gorro orlado de cascabeles machucados, o nuestro bandolín de cuerdas rotas, y nos sentamos a la vera del camino, a ver pasar la bulliciosa mascarada, y a esperar a esa misteriosa transformista que ha de disfrazarnos por última vez.

Y entonces sí que podemos exclamar, como el histrión de Leoncavallo:

La commedia é finita.

1905.

LA ILUSION DE LA VIDA QUE EMPIEZA

Entro en el año un poco tarde, por fortuna. No me considero obligado a saludar en voz alta, y uno por uno, a los invitados a este banquete de la vida. Pasó el primer brindis; el *champagne* ríe y burbujea en el fondo de las copas, y los comenzales empiezan a sentirse alegres y comunicativos. Busco mi asiento, el lugar que me toca en el festín, y lo hallo entre los míos, junto a mis compañeros de juventud y de esperanza. Ya los serios, los diplomáticos, los que le *hacen política* al tiempo, diéronle la bienvenida al recién llegado, y entonaron en su loor, viejas y gastadas alabanzas. Allá por entre los manjares y las flores, tras los búcaros henchidos y las fuentes maravillosas de los dulces, entreveo los semblantes satisfechos de los convidados a la mesa de honor, de los altos personajes de la felicidad, de los banqueros de la dicha, de los comendadores de la Fortuna, de los condecorados con el toisón de oro del Placer. Están muy lejos, y apenas si de cuando en cuando, se dirigen con una sonrisa compasiva y aristocrática a los que ocupamos los últimos puestos.

Ya estoy con vosotros, amigos míos: mi tar-

danza es casi involuntaria; tiene por causa esa habitual pereza de mi temperamento; pero llego con oportunidad todavía para que charlemos un poco de esta existencia loca que cree siempre tropezaren enero con las doradas puertas de Jauja. Dejemos que las personas graves *enserien* su plática de sobremesa y predigan, como es natural, la mala ventura. Ellos ven el mundo con el lente de aumento de la lógica; y de raciocinio en raciocinio, van como de ola en ola, rumbo al incierto mar de las hipótesis. ¡Quién sabe sobre cuál tema arduo y trascendental discuten ahora!

Nosotros, que no somos filósofos, ni ahondamos los eternos problemas, bien podemos despotricar alegremente sobre todas estas pequeñas cosas, impresiones pasajeras, sucesos vulgares, rápidos fantaseos, dolores comunes y efímeras melancolías que son como las cuentas rojas, negras, azules, o blancas, que vamos enhebrando, para matizarlo al capricho de la suerte, en el delicadísimo hilo del vivir.

¡Bah! Las teorías de esos sabios de año nuevo están ya trasegadas por las multitudes, y, como las monedas de uso diario, han quedado sin relieves. No convencen a nadie; no tienen valor y se guardan en la memoria, como un denario o un dracma en una colección de numismática.

Creo que nosotros no lanzaremos la queja clásica: *¡Oh cuán fugaces, Póstumo.....* al abrir este vaso de Pandora que contiene trescientos y tantos días. Ya sabemos de antemano que la señorita esperanza acostumbra no cumplir sus promesas, y que el caballero desengaño es un amigo entrometido que, con su experiencia de hombre de mundo, ahoga en la cuna nuestros anhelos y les corta las alas

a nuestros sueños. ¿Y eso qué importa? El corazón sigue, sin cesar, en su labor misteriosa. Trabaja a veces, como un obrero cansado; se le conoce la fatiga; se le echa de ver el disgusto; pero allí está, en el taller obscuro de nuestro pecho, construyendo, latido a latido, el tálamo de nuestra prometida ventura, el joyero de nuestros brillantes delirios, o el ataúd de nuestras muertas ilusiones. No era verdad lo que sentía Baudelaire, en el alto período de su locura negra; el corazón no puede dormir ese sueño de bruto, sin recuerdos, sin visiones, sin pesadillas. Heine, gastado por el amor y por el hastío en plena juventud, le decía en un hondo arranque de amargura: ¡acaba pronto, carpintero!

Vamos a vivir, a caminar a marchas forzadas, seguros de encontrarnos a cada paso un punto de vista no conocido, un panorama nuevo. El tiempo no huye, ¡qué va a huir! al contrario; tienen sus horas una marcha uniforme como la de una columna militar en una parada. Cuando estamos entretenidos por el goce; cuando volvemos el rostro para darle un beso a la mujer amada; cuando nos llama la gloria; cuando nos atolondra el bullicio de la orgía, entonces, es claro, no lo sentimos pasar. La culpa no es suya. Mas si estamos de noche, en la alcoba, rumiando nuestras penas, o frente al niño enfermo, esperando el instante en que ha de prepararse la tisana, o junto al cadáver del amigo inseparable; si estamos con el pensamiento en vela, tristemente luminoso y trémulo, como la llama de los blandones, ¡qué buenas compañeras son esas horas silenciosas que pasan sin aceleramiento, y de puntillas como para no distraernos! “¡Ahí va una; cuánto tarda la otra!” nos decimos. Y no; llega

acompañadamente, toca la puerta y se sienta a la orilla del lecho a escuchar nuestras confidencias, y a contar los minutos que debe acompañarnos. Después,.....no se detiene; se va callada, como vino.

De esas iguales, pero que medidas con el listón rojo arrancado al corsé de la novia son tan cortas, y medidas con la cinta negra de un féretro, parecen tan largas, tenemos muchas en el año. Somos ricos. Derrochemos este caudal que nos ofrecen. Ya vendrán el Olvido y la Muerte a empobrecernos. Gastemos a raudales, antes que estos ladrones nos sorprendan.

No temáis que las horas huyan; temed que nos las arrebaten; eso sí. Las dolorosas no son muy codiciadas; pero ¡ah! las alegres, las salpicadas con gotas de miel divina, las de los días de oro y las noches azules, llenan de envidia a esos bandidos de la sombra. Precisa gastarlas.

Amigos míos; entro en el festín del año un poco tarde. Pasó el primer brindis. No me obliguéis a ponerme en pie para darle la bienvenida al recién llegado.

Charlemos un poco, si os parece, de esta existencia loca que, en enero, cree tropezar con las doradas puertas de Jauja.

1896.

LOS REYES MAGOS

Tema fecundo ha sido para mí esta festividad. Amarrado al mástil de la crónica, que empavesan y decoran las palabras brillantes, a modo de banderolas y gallardetes coloridos, he visto pasar las fechas, los nombres, los acontecimientos, con angustiosa curiosidad. Y he aprovechado cuanto puede servir a mi oficio de incansable buscador retórico, de afanoso platero de tropos y metáforas, de pulidor de vidrios y gemas en los vocablos rudos y groseros, de paciente miniaturista de frases irisadas y suaves, de amoroso batihaja del lenguaje.

La noche de Reyes me ha sugerido cuentos, narraciones, lucubraciones, fantasías. La leyenda cristiana no tiene episodio más amable y dulce que éste, en el que tres monarcas que simbolizan el género humano, atraviesan las rosadas llanuras del Egipto, guiados, en las noches oscuras, por el blanco parpadeo de una estrella.

La fe es sin duda una soberana potencia. Y una fe profética encaminó a los viejos reyes hacia el misterioso punto donde, según ineludibles leyes evangélicas, acababa de llegar el Mesías.

¿Vacilaron los poderosos y nobles hombres?

¿Dudaron un momento de que los seculares tes-

tamentos hubiesen sido mal interpretados y de que los versículos no contuviesen, en su honda vaguedad, la alta profecía, como una cisterna contiene en su fondo el agua pura de un manantial inagotable? No vacilaron, no dudaron.

Por lentas jornadas la regia caravana cruzó los desiertos, y de oasis en oasis, de esperanza en esperanza, llegó por fin al establo escondido en el que Gaspar, Melchor y Baltasar debían ofrecer sus raros y maravillosos presentes.

Gran cosa es, sin duda alguna, la fe. Es el aliento, es el esfuerzo, es la seguridad del triunfo, es el triunfo mismo. Es el alma de la vida; es el resorte de la voluntad. Todo espíritu joven e inquieto ha hecho ese viaje de los reyes magos. Sólo que algunos, débiles o medrosos, al ver en el horizonte una nube anunciadora de la tormenta de arena, o al sentir el cansancio monótono de los días ardientes, se han llenado de pavor, o se han conturbado de soledad y de fatiga, y han pensado: la divina profecía es engañadora; no vendrá al mundo el Mesías prometido; la felicidad, la regeneración, la purificación son halagüeñas mentiras.

Y las almas débiles y medrosas buscan en vano la sombra de una palmera en donde tender su desengaño para siempre, o retroceden, espantadas de aquel viaje tan incierto, tan peligroso y tan largo.

Mas si no todos tienen fe—¡qué aberración!— casi todas tienen esperanza. Y es que como el hombre nunca deja de ser niño, recurre a estos infantiles subterfugios del milagro, para alimentar la infatigable y terca ilusión de vivir.

En la ventana ruinoso, los chicuelos dejan al sereno su zapatito. Los reyes magos, con su alado

cortejo de ángeles, han de bajar por las azuladas veredas de los cielos a depositar su ofrenda al cantor y a la piedad.

«¡Oh dulce devoción que reza y ríe,
de natural piedad primer aviso,
fragancia de la flor del paraíso,
preludio del concierto celestial!»

Así exclamabas, anciano poeta; así miraste a la niñez arrodillada, adormeciendo en la misteriosa oración su frente virginal, como para dormirse, bajo el ala esconde el ave la cabeza. Y así también el hombre, cada vez que puede y le ayudan sus recuerdos, esconde su corazón magullado y adolorido bajo el regazo maternal de la esperanza.

¡Y pone en el alféizar de la ventana su viejo zapato, su ferrado y fangoso zapato de caminante! Cree, anhela creer que la fortuna, como los reyes magos, va a dejarle, al pasar, una moneda, un sueño, un amor.

No siempre sucede; casi nunca sucede. Pasan los santos reyes de los grandes, sin hacernos caso, sin ver nuestros gastados zapatos de viajeros del mundo.

A la mañana siguiente, a la gris y nublada mañana de la desilusión, cuando ya sacudimos el insomnio y nos restregamos los ojos para mirar más claramente la tristeza, volvemos a calzarnos los zapatos ferrados y a empuñar el bordón nudoso, y hala, hala, seguimos rumbo a las tierras del dolor y a las comarcas del desencanto.

Los reyes magos no son buenos ni amables para los zapatos grandes; no les dejan regalos.

Las manos pías de las madres se encargan de no desengañar en esta aurora a esos impacientes zapatitos que se abren como bocas ávidas, a la diáfana e impasible serenidad de los cielos profundos.....

1906.

HEROES Y ANGELES

El hombre, no contento con vivir la vida psíquica entre sus semejantes, con transmitirles por contactos sutiles sus ideas, sus pasiones, sus emociones, quiere que la naturaleza, que es impasible y serena, participe de sus estados de alma, y se asocie a su mundo interior, a la manera con que el fondo de un cuadro armoniza con las figuras de tal suerte, que de la totalidad del conjunto, resulta la unidad de la composición.

No nos conformamos con sentir solos, con que la especie nos acompañe en nuestros duelos y regocijos; deseamos que el cielo y la tierra tomen la parte que les corresponde en nuestros sentimientos; anhelamos que nos diga de veras, para que lo sintamos muy hondo y nos consuele: "Mira cómo es cierto que soy tu madre: no es mentira alambicada de los filósofos, ni adulator embuste de los poetas."

Por eso, cuando el ocho de septiembre amanece opaco, y sobre el coro de montañas del Valle cae un inmenso embudo de brumas que apenas deja pasar por el lejano y tibio oriente un haz de rayos de sol, quebradizos y anémicos, sentimos en la conciencia una melancolía semejante a la que pro-

duce la ausencia injustificada de un amigo o la frívola traición de una mujer amada.

¿Por qué, claro día, mañana de tules joyantes, no vienes a colgar tus guiones de fuego y tus estandartes de oro nacarado, de las copas húmedas y canas de los ahuehetes? ¿Por qué no brillan en tu azul bruñido lampos de gloria y reverberaciones de triunfo? ¿Por qué, bajo el diáfano cielo, no prendes de sierra a sierra, el áureo *velarium* que te sirve para las fiestas primaverales?

¿Sabes tú qué vamos a celebrar, oh madre ingrata? Una epopeya de cuento de hadas; un lírico accidente de nuestra vida, ingenuo y dulce, como las páginas de los poemas infantiles: una batalla que toca los límites de la leyenda; un combate de gigantes y gnomos; un recuerdo inefable y doloroso; una lucha de niños, casi angélica, como las del Génesis; pero que es ejemplo en la historia, amor en nuestros corazones y sagrada remembranza en los anales de la Patria.

*
* *

Mientras mi pluma corre inquieta por el papel, con la acostumbrada precipitación del burócrata que debe llegar a la hora exacta a su oficina, pienso en que la poesía no ha agotado aún, como debiera, sus rosas y sus laureles, a los pies del monumento de los Defensores de Chapultepec. Y en verdad que ese episodio merece Homeros. Cuando la humanidad llega a esas alturas aquilinas, se siente, como dice el poeta, el inmenso orgullo de ser hombre.

Sesenta años hace que un pelotón de chiquitines

se encará con la injusticia y con la fuerza, y con ellas midió sus armas y su valor. Los chiquitines, como era natural, fueron dominados. Y, sin embargo, triunfaron. La iniquidad dominó, pero no venció. Quedó un ejemplo vivo, imperecedero, inmortal, de cómo se defiende el terruño. Y sobre las piedras del cerro, afelpadas de musgo secular, ve nuestra fantasía y adivina nuestra admiración, un rastro de sangre virgen y luminosa, que es como una escala de Jacob, por donde suben nuestros sueños de amor a la Patria.

Y pienso: mañana tiene forzosamente que ser un buen día, uno de esos brillantes días de otoño. ¡Qué tristeza si fuera un día opaco, nublado, sin sol! Qué, ¿no encenderá los horizontes? ¿no bruñirá las nubes? ¿no lloverá sus fulgores sobre el bosque? ¿no quemará las piedras del monumento a los héroes infantiles? ¿no cantará el triunfo de los buenos y la glorificación de los mártires?

Habrán palmas, coronas, flores, himnos, ojos que se enciendan como cirios; bocas que murmuren oraciones; manos que se alcen para bendecir; banderas que se inclinen para saludar; atambores que, a lo lejos, toquen una diana sorda, como si temieran despertar a los chicuelos de su sueño glorioso; versos aligeros que volarán en derredor del obelisco, como golondrinas de Abril; todo eso habrá en la gran tumba de los admirables infantes.

¡Pero tú, sol americano, hermoso y ardiente sol de mi tierra, no faltes a la ceremonia. ¡Ven a darles a los niños héroes tu beso de infinito, amigo y padre de los culminantes hechos humanos! De cuando allí se cante, nada será comparable a tu himno de luz. El bosque se estremecerá de entusias